

EL LIBRO DE LA SEMANA

El cuarto de las herramientas

Dos volúmenes reúnen los cuadernos de trabajo que Hannah Arendt escribió entre 1950 y 1973. Más de mil páginas de notas de lectura y apuntes de la pensadora alemana, cuyo centenario se cumple en octubre.

DIARIO FILOSÓFICO 1950-1973

Hannah Arendt
Edición de Úrsula Ludz
e Ingeborg Nordmann
Prólogo de Fina Birulés
Traducción de Raúl Gabás
Herder. Barcelona 2006
2 volúmenes
1.172 páginas. 113,46 euros

ENRIQUE LYNCH

Alguna vez se plantea cómo se llega a pensar y escribir *filosóficamente*. Cuando salen a la luz los apuntes de un filósofo parece como si pudiéramos acceder al ámbito privado en que se supone que se alumbran las ideas. Resurge así la infundada esperanza de que esa pregunta hallará una respuesta satisfactoria. Sin embargo, la lectura de apuntes filosóficos es siempre un tanto decepcionante. Por esmerada que sea su edición —como en este caso—, tarde o temprano, se tiene la impresión de revolver entre las pertenencias de un muerto: todo está allí, tal como el (o la) ausente lo ha dejado, pero falta el sentido que unifica esas anotaciones, la pauta que jerarquiza y que al final permitiría comprender las notas en una forma consistente; o bien esa pauta asoma aquí y allá, esporádicamente, pero sólo como un fantasma inapre-

sable y efímero. Derrida expuso esta frustración de forma palmaria demostrando que ninguna hermenéutica, por sofisticada o exhaustiva que sea, logrará revelar el sentido de aquella enigmática anotación póstuma de Nietzsche escrita entre comillas: “He olvidado mi paraguas”.

Como alternativa a esta experiencia algo frustrante, el lector que se asoma al taller de algún filósofo renombrado se da a fisgonear e inevitablemente se comporta como un fetichista jamesiano. Como excusa dice que lo hace para encontrar las claves de su pensamiento aunque de antemano sabe que esas claves están en otra parte y, con toda seguridad, en la obra publicada. ¿Qué busca entonces? En realidad quiere saber qué leía, cómo trabajaba y en qué se fijaba su autor, cómo llegaba a *pensar como pensaba*. ¿Para qué? Seguramente para vampirizarlo.

Pero ¿qué sería de la filosofía sin la labor de los fisgoneos?

La publicación de estos cuadernos tiene pues algo de fisgoneo pero es una extraordinaria iniciativa editorial, y el trabajo de las editoras Úrsula Ludz e Ingeborg Nordmann, un minucioso estudio filológico de multitud de fuentes y referencias del pensamiento de Hannah Arendt entre los años 1950 y 1973, el periodo de su vida intelectual



Hannah Arendt (Hannover, 1906-Nueva York, 1975), según Pericoli.

que se registra en estos cuadernos. Se ha llamado a esta edición “diario” aunque lo único que la asimila al género es la continuidad de las anotaciones, puesto que la periodicidad de las notas es mensual y la composición del libro —espléndidamente editado, por cierto— no se parece en absoluto a un diario o a un texto íntimo o confesional, sea o no de contenido filosófico. La escritura de Arendt es de un extremo recato, libre de toda tentación intimista, ceñida al mismo tono de ascética distan-

cia sobre los textos y sobre la propia experiencia y la reflexión; y por otra parte —como no podía ser de otro modo tratándose de una pensadora tan aristotélica como Arendt— su pensamiento no tiene claves ocultas. Así pues, al leer estas anotaciones, más que hurgar en un diario que muestra una filosofía en proceso, tenemos la impresión de entrar en el cuarto de las herramientas de una pensadora que, por lo demás, era muy ordenada.

Arendt lee y comenta a los grandes clásicos de la filosofía política —según observan las editoras— tras la trilogía *Los orígenes del totalitarismo*. Los cuadernos contienen el rastro de su reencuentro con la filosofía política de la antigüedad clásica, cuyos autores visita y revisita repetidas veces mientras discute con los clásicos modernos a tenor de su característico programa de refundación de la política. Una parte considerable de las notas —la más nutrida— está formada por transcripciones de lecturas, paráfrasis y comentarios de textos, muchas veces citados en sus lenguas originales, en griego, en latín y en algunas lenguas modernas, sobre todo en inglés, lengua de adopción tras la emigración a Estados Unidos. Vuelve una y otra vez sobre los mismos temas: la definición de la política a partir del enigma de la convivencia, las fuentes de la libertad, la causalidad, las diferencias con Marx, la senda de la injusticia, etcétera, y sus lecturas recaban en la obra de Platón, Kant, Nietzsche, Hegel y Heidegger, principalmente. De vez en cuando despuntan definiciones a la manera socrática, y largas elucubraciones en el tono de los grandes moralistas romanos sobre cuestiones de ética y metafísica, pero llama la atención la ausencia de alusiones cotidianas o políticas explícitas, y las pocas referencias literarias. De vez en cuando algún poema de Rilke, un pasaje de Goethe, Dinesen, alguna referencia al admirado Broch y, de pronto, inadvertidamente, Faulkner.



La verdad, la mentira y la trampa de Heidegger

COMO MUESTRA del significativo recato que guarda Arendt a lo largo de todo este “diario” sirva este comentario al reencuentro (¿o desencuentro?) con Heidegger en Friburgo, anotado en el cuaderno XI, en noviembre de 1952, después de una visita a la tumba de Hermann Broch: “Véase como se vea, no hay duda de que en Friburgo fui a una trampa (y no caí en ella). Y tampoco hay duda de que Martin, lo sepa o no lo sepa, está sentado en esta trampa y en ella se encuentra en casa; ha construido su casa en torno a la trampa. Sólo es posible visitarlo si se lo visita en la trampa, si se va a la trampa. Así pues, fui a visitarlo a la trampa. El resultado es que vuelve a estar sentado solo en su trampa”.

La misma distancia, aunque menos

hermética, se marca en las anotaciones contemporáneas a la virulenta campaña descalificatoria de la que Arendt fue objeto tras la publicación de su libro sobre el proceso a Adolf Eichmann (*Eichmann en Jerusalén*, Lumen, 2001) publicado a modo de informe en *The New Yorker* en 1963. Como se recordará, la campaña fue orquestada por sectores afines al sionismo, molestos porque Arendt, que había sido sionista en su juventud, sostenía en su informe que la culpabilidad de Eichmann —así como la responsabilidad de los jefes de la comunidad judía durante los años de la deportación masiva— no radicaba tanto en una naturaleza perversa o en un acendrado sentimiento antisemita cuanto en la manifiesta incapacidad de Eichmann para reflexionar en

el contenido moral de sus propias acciones. En el cuaderno XXIV Arendt parece aludir elípticamente a esa campaña de difamación cuando anota una serie de observaciones sobre la resbaladiza dialéctica que se instala entre mentira y verdad cada vez que una cuestión entra en el terreno de lo público. Por una parte, afirma: la verdad *fuerza*. Así pues, no hay verdad que no sea instrumentable ideológicamente: “En el ‘cómo han sido las cosas realmente’ se esconde un ‘no ha podido ser de otra manera’” (página 599). Pero esa verdad que se funda en hechos contruidos por testimonios, por lo tanto, es débil porque “los testigos parecen ser mucho menos fiables que la razón en su condición falible” (página 613). Por añadidura —segunda para-

doja—, “en la mentira está también la libertad”, lo que indica que “no tenemos que situarnos incondicionalmente en el suelo de los hechos”, dado que el mundo entero puede ser una mentira. Y una desasosegante tercera paradoja: “Lo que exige fuerza y valentía no es el hecho tremendo de la verdad, sino el desamparo, el uno contra todos”, porque “es igual de difícil aferrarse a una mentira” (página 619).

Sin duda, estas y muchas otras paradojas que inciden en nuestra idea de lo político —nuestra humana manera de estar los unos con los otros— están abordadas en su obra póstuma *La vida del espíritu* (Paidós, 2002), pero este “diario” servirá para arrojar nueva luz sobre la manera en que fueron gestadas y su —a veces— dramática resolución teórica. E. L.

Lo que hacen los mejores profesores universitarios
Ken Bain

Entre la discriminación y el mérito
Las profesoras universitarias
Esther Escolano Zamorano

PUV UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

CHANG-RAE LEE

Desde las alturas

"Se sitúa junto a gigantes de la novela americana como Cheever, Percy y Updike" (Usa Today)

ANTONIO TABUCCHI

Autobiografías ajenas

Indispensable para lectores de Tabucchi, para lectores de buena literatura

ANAGRAMA